

res. Si se muestra, al momento viene encima una grande contribucion, y se instalan varios soldados á guisa de amos en la casa del contribuyente. Si los impuestos son de masiado onerosos, el pueblo entero sobre quien han recaido emigra: es de notar, sin embargo, que las contribuciones no son incómodas por su exorbitancia sino por su mala reparticion, y que son recaudadas violentamente por asentistas, que las subarriendan, lo cual produce larga serie de concusiones. El gobierno ignora su propia hacienda, y no sabe usar de otro recurso que no sea el de alterar la moneda.

Gran parte de las tierras corresponden á las mezquitas; exentas de impuestos, y tan sagradas, que ni por la mayor necesidad se atreveria nadie á tocar á sus bienes. Sobre las otras tierras, imponen la contribucion los bajás sin medios de comprobar la proporcion de las cuotas, y por consiguiente gravando á los propietarios sin ventaja para el tesoro.

Es este el sistema bajo cuyo régimen viven los musulmanes; pero la misma igualdad que tan grandemente les perjudica, les inspira un orgulloso desprecio para con los cristianos, que están escluidos de ella; y el que, atravesando las calles de Constantinopla, oye hasta á las mujeres que le dicen: *la peste te mate; los pájaros te ensucien la despo-blada barba que tienes* (1), puede figurarse cuál debe ser la condicion de los vencidos. La línea de division entre los dos pueblos, se conserva hoy tan marcada como en el día de la conquista; viven juntos sin mezclarse y hasta sin saludarse; el imperio no pide soldados á los cristianos ni aun en las mayores urgencias; ni les ha obligado nunca á hablar la lengua turca, pero no ha aprendido la suya; y los gobernadores que no entienden á los gobernados, les hablan por medio de intérpretes, que son ordinariamente renegados, y por lo tanto merecedores de escaso crédito. Este es otro punto de semejanza con el sistema de nuestros conquistadores de la edad media.

Cristianos y turcos están en la misma situacion entre sí que los siervos respecto del amo; la justicia es diversa para los unos que para los otros; el delito que lleva al cristiano al patíbulo, es castigado en el musulman

(1) El apodo que con especialidad los turcos prodigan á los que profesan diferente religion que la suya, es *giaur* (incrédulo), vocablo injurioso de que se sirven para designar á los infieles, sea cual fuere la religion á que pertenecen. La palabra *giaur* se hace derivar de la lengua persa y significa *partidario del Becerro de Oro*. Si esta etimología está bien sacada, *giaur* es una alusion á los adoradores del *Becerro de Oro*, de quienes habla repetidas veces con desprecio el Koran. Otros creen que los musulmanes dan á la palabra mencionada el sentido de perro. Debemos á Byron un poema titulado: "*Giaur*."

[Nota del traductor.]

con una multa; los cristianos solo pagan la contribucion personal; el turco desprecia al cristiano como el plantador de América á su esclavo; se cree con derecho para exigirle servicios, usar de su casa, de su caballo, de sus muebles; y á veces el bajá lo manda á trabajar á grandes distancias sin proveer ni siquiera á su alimento.

Cuando una aldea contiene bastante número de cristianos, se les permite elegir un jefe (*kodia basci*) que los representa cerca de la autoridad musulmana, reparte los impuestos, comunica las órdenes del bajá, y le hace presente las reclamaciones de los *rayas*.

Fundirse los cristianos con los turcos es tan imposible, como unir la poligamia (1)

(1) Muchos escritores de nota y políticos atinados han tratado con bastante estension de las causas, así principales como accesorias, que contribuyen á disminuir cada día mas la poblacion de los Estados turcos, y entre éstas han dado tambien un lugar preferente á la poligamia, á pesar de que otros escritores de fama creen que entre los musulmanes es un elemento social muy importante y casi necesario. Nosotros consideramos la poligamia como un elemento destructor de la civilizacion en Turquía, porque levanta una barrera entre los dos sexos; así que, los hombres, segun el precepto del Koran, consideran á sus mujeres mas bien como cosas que como personas. Si no existiese la poligamia, una mujer sola llegaria á reconcentrar en su persona todos los afectos conyugales y adquiriria un imperio sobre su consorte; así que, paulatinamente debilitándose el precepto religioso, la mujer recobraría sus derechos y se convertiría en un elemento social civilizador, poniéndose poco á poco en comunicacion con la otra mitad del género humano; pues que, sabido es que la suave y afectuosa naturaleza del bello sexo es un contrapeso á la fuerza propia del sexo viril, y que la felicidad social resulta de la combinacion y armonia entre ambos sexos; de suerte que separándolos, las mujeres se convierten en esclavas, y su carácter, naturalmente suave y afectuoso, toma formas de una lascivia completamente material y animal, al paso que el hombre, encontrándose sin freno que suavice su fuerza, ésta se convierte en una rudeza brutal. Esto es precisamente lo que sucede en Turquía. Además, la poligamia estimula á la incontinencia, y produciendo sociabilidad en los hombres, los escita á abandonarse á actos de una torpe lascivia; en efecto, no hay país en que la pederastia tenga su infame predominio tan estenso como en los Estados turcos.

Por otra parte las mujeres, á pesar de que se encuentran en un estado de completa esclavitud, no dejan de ejercer su imperio en el corazón de los hombres, porque está en la naturaleza humana ceder á la ternura de los afectos que mutuamente se comunican los dos sexos; pero entre los turcos el predominio de la mujer no puede salir de la esfera de su serrallo; de suerte que se reduce á un egoísmo personal que la lleva á intrigas rastreras y criminales, ya que las murallas que le sirven de cárcel, le impiden de estender su vis-

con el matrimonio, la libertad con la esclavitud, el Evangelio con el Koran. Si ahora

ta por todo el horizonte social, el cual únicamente podria mostrarle la noble perspectiva que ofrecen la virtud y los actos grandes en sus relaciones con la humanidad entera y con las ventajas verdaderas de un hombre, que habiendo acumulado sus intereses con los de una sola mujer, ésta se ha convertido en una parte principal del objeto amado. En efecto, no tan solo las odaliscas, que son todas las mujeres que están á disposicion del gran sultan en sus serrallos, y las sultanas, que han llevado en su seno frutos que pertenecen al gran turco, sino tambien la gran sultana, que es aquella que ha dado el heredero al trono, conspiran á menudo contra el sultan, intrigan para mandar en su propia ventaja, é intentan tambien evadirse del serrallo, arrojando todos los peligros de la mucha vigilancia del crecido número de mujeres y eunucos que las custodian, con objeto de adquirir la libertad, sustrayéndose del yugo de su perenne esclavitud.

En prueba de lo que va dicho, acabaremos esta nota con referir un hecho muy lastimoso acaecido por los años de 1839, que hizo gran ruido en Europa; y que casi todos los periódicos ingleses y franceses consignaron en sus columnas. Un teniente austriaco, que se hallaba de paso en Constantinopla, supo proporcionarse los medios, con mucho trabajo y gran riesgo, de ponerse en comunicacion con una de las odaliscas del gran serrallo, en donde ordinariamente permanece el sultan. Despues de haber tenido los dos por el trascurso de algunos meses una correspondencia muy activa, prefijaron con gran cautela un día para fugarse, y así lo verificaron; pero apenas hubieron salido del serrallo, aunque la odalisca vestía un traje de hombre á la turca, é iba del brazo del teniente austriaco, uno de los centinelas les arrestó por leves sospechas, en el mismo instante que iban á saltar en un pequeño esquife para salir del Bósforo y embarcarse en un pequeño buque franco que les esperaba á lo lejos. El austriaco tuvo la fortuna de poderse escapar; pero la mezquina odalisca sorprendida en el acto que rebosaba de contento, viendo ya la suerte que le esperaba, cayó casi desmayada, pasando de tanta alegría á un abatimiento mortal.

El gobierno turco enterado del hecho, reclamó á la embajada austriaca y queria á toda costa que se le entregara al culpable, diciendo que por la ley del Koran no podia dejarse impune un crimen semejante; pero el ministro imperial contestó, á pesar de que tenia ya oculto en su casa al oficial, que sentia mucho no poder satisfacer los justos deseos del sultan, porque el individuo á quien se buscaba, sin presentarse en la embajada se habia embarcado y salido de Constantinopla. Y á decir verdad, despues de algunos días el teniente austriaco partió para el extranjero, pesaroso de la pérdida de la amante, y aun mas, por habersele disipado la idea halagüeña de un porvenir sólido y feliz, porque la odalisca llevaba bajo sus vestidos el valor de cerca de un millon de duros en joyas preciosísimas. Pero si se desvaneció la idea de tan inmensa fortuna para el austriaco,

HISTORIA.—77

vemos prevalecer los primeros en Grecia, en Argel, en la Moldavia, en la Servia, esto proviene de haber abandonado el país los turcos, quedando un escaso número de ellos en clase de prisioneros. Pero los mismos cristianos tampoco pueden contar en Turquía por su desventura con elementos de cohesion entre sí, ni con el resto de Europa; pues que no tienen nacionalidad ni patria; no tienen origen é idiomas comunes, ni intereses generales fuera de los de la religion; en efecto cuando se sublevaron se les vió enarbolar la cruz. Es cierto que el gobierno municipal de que disfrutan, constituye para ellos la patria, pero cada uno de esos gobiernos, no tienen relacion con otro, y todos están separados y muy distantes entre sí. Añádese á esto que la mayor parte de los cristianos sujetos á la Puerta son cismáticos, y por consiguiente rechazan á aquella Roma que es centro de la unidad europea, lo cual ha facilitado el largo dominio de la raza turca. Pero en la actualidad no quedan del Koran mas que la poligamia, la corrupcion de los empleados, la anarquía de los poderes, el terror general, la esterilidad del suelo y la degradacion de los turcos; de suerte que estos deben inevitablemente sucumbir. ¡Quién es capaz de prever lo que ha de suceder! (1)

REGENERACION DE LA GRECIA.

Si la Turquía decae, no podrá ya impedir que se regenere la estirpe heleno-eslava, *pueblo dos veces vencido*, que sin embargo jamas transigió con la tiranía, ni perdió la esperanza, aun en los momentos mas críticos.

Ocupa esta raza la Península del Mediodía de los Alpes Orientales, en la cual la Puerta habia instituido cuatro bajalatos; el de Salónica, antigua Macedonia; el de Janina, que es la Albania-Arnauta; el de Libadia, que es la Hélade propia de los tiempos pasados, y el de Trípoli que comprende la Morea, á saber: el antiguo Peloponeso; además de las islas de Candia, Negroponto, Cícladas y Esparadas, sometidas al mando directo del capitán-bajá.

Fueron conquistados estos países por los turcos despues de la toma de Constantinopla; pero no perece un pueblo mientras se conservan en él los elementos de la nacionalidad. Una misma religion unia á los griegos contra las hordas mahometanas; les animaba una misma esperanza; hablaban una misma

como la niebla al soplo del viento, se agolparon densas nubes sobre la cabeza de la desdichada odalisca, la cual condenada segun la ley turca, fué encerrada en un saco de piel lleno de piedras, y arrojada al Bósforo.

[Nota del traductor.]

[1] El Sr. A. Ubicini en las *Lettres sur la Turquie* (1851) cree todo lo contrario, y considera no solo posible, sino comenzada ya la restauracion de la Turquía

lengua, y en ella repetían las canciones nacionales: continúa protesta contra el yugo.

La constitución de Mahomet II respetaba la iglesia griega, en la cual se continuaban eligiendo canónicamente las dignidades, que mediante cierto estipendio eran aprobadas por el *berat* del gran señor. El patriarca ecuménico de Constantinopla presidía el santo sínodo permanente, compuesto de diez ó doce obispos de las ciudades más inmediatas; se recurría á este prelado en apelación de las sentencias de los obispos, y finalmente, nombraba las dignidades y repartía los impuestos. Además protegía á los griegos cerca de la Puerta, sentenciaba en los casos criminales eclesiásticos y en los pleitos entre griegos y armenios, y tenía facultad para condenar á prisión y galeras, sin que el soberano pudiese anular la sentencia ni indultar al reo, á no ser que éste abrazase el islamismo. Cuando fueron sometidas las llanuras de Tesalia, la mayor parte y la más selecta de la nación se refugió en los montes, siempre pronta á resistir por hábito, y gobernándose por prácticas consuetudinarias. En efecto, se precipitaban sobre los turcos y griegos desde el Olimpo, el Pelion, las rocas del Pindo y los Agratas, despojando de sus riquezas así á los primeros como á los segundos, en cuya consecuencia se adquirieron el nombre de cleftas. Los turcos, cansados de pelear contra gente pobre é indomable, les dejaron vivir con sus propias leyes, y les permitieron llevar armas con tal que pagaran un leve tributo; pero los que habitaban las cumbres más altas de la montaña se negaron á toda transacción.

El clefta desde su primera edad se acostumbra á las privaciones, á los trabajos, á ejercicios de valor, dispuesto siempre á arrostrar la muerte lo mismo por robar que por defender su tierra, ó por no renegar de su religión, insultando hasta en su hora postrera la refinada crueldad de los musulmanes. Contento con poco, no reputando oprobio el latrocinio, guarda armado sus rebaños, decide con el puñal las contiendas que no pueden resolverse por avenencia, y respeta á las mujeres que caen en sus manos. No combate según la táctica europea sino á la desbandada, disparando sobre blanco fijo, huyendo, sorprendiendo y reputando obligación de todos el portarse con valor, no recuerda el nombre del que murió por ser valiente, sino del que cedió por cobarde. Algunas veces, dos ó más de ellos juran sobre los altares conducirse como hermanos de armas á la manera antigua, de suerte que ni aun la muerte los desune (1), y heredan las alianzas como la venganza y las enemistades. La madre sustituye en el dominio doméstico al padre difunto, y la adúltera es muerta por el marido ó por sus parientes. Esta vida de

[1] Milose, antes de la sublevación de 1815, salvó á un turco, de quien era compañero de armas.

aventuras tiene para los cleftas tantos atractivos, como halagos presenta á nuestra flaqueza las comodidades; los rebaños les proporcionan un alimento sencillo; y los héroes asan la carne como en otro tiempo los de Homero, acompañándola con copiosas libaciones de vino, con agudezas y alegres canciones: los sacrificios les dan fuerza y consuelos austeros en medio de un pueblo robado y ultrajado.

Aquellos cuyas poblaciones, situadas á menor altura en la montaña, se hallan espuestos con preferencia á los peligros, crearon para su defensa una milicia enteramente compuesta de griegos, llamados *armatolos*, que se extiende en todo el país desde el Asia al Istmo, dividida en tantas secciones independientes cuantos eran los distritos, y bajo el mando hereditario de un capitán residente en la cabeza de cada distrito. Los turcos se vieron obligados á conceder muchas franquicias á estos *palicaros* para tenerlos bajo la dependencia del bajá; pero los que poseían el bajalato aspiraban continuamente á cercenar sus privilegios, por lo que todos los días se reproducían las hostilidades entre los bajás y aquellos *palicaros* ó montañeses, los cuales en último extremo se refugiaban en sitios más elevados, convirtiéndose en cleftas.

La poesía, que siempre vive en torno de los montes que los antiguos dieron por mansion á las musas, mantenía el espíritu de independencia y celebraba sus mártires; en las canciones cleftas se referían las hazañas de los valientes, terror de los turcos y de los ganados, su denuedo, su constancia en tolerar el hambre, la sed y los tormentos, y su respeto á los Papas y á las reliquias [1]. Estas canciones son obra de poetas ignorados, inspirados no por el deseo de figurar, sino por la necesidad de dar expansión á sus sentimientos; los ciegos las conservan en la memoria y las adaptan notas músicas para repetir las: nuevos Homeros que van mendigando y cantando.

“Un fusil, un sable, y si no hay esto, una honda son nuestras armas.

“Con el fusil, el sable y la honda yo tendré campos, mieses y vino.

“Yo vi á los agás prosternados á mis piés: me llamaban su señor y amo.

“Les había quitado el fusil, el sable y las pistolas.

“¡Oh griegos, erguid las humilladas frentes, tomad el fusil, el sable, la honda, y nuestros opresores nos llamarán en breve sus señores y amos.”

Entre este pueblo continuó vigente el sistema municipal con las formas representativas, eligiendo ellos mismos sus jueces y sus recaudadores, y repartiendo las contribucio-

[1] Véase *Fauriel, Chansons populaires de la Grèce*, 1824. En 1837 se publicó una colección de los *Piesma*, tradición de los montenegrinos, acerca de Ivan el Negro, y los combates contra los turcos.

nes de sangre y de toda otra especie. Veneraban á los ancianos hasta el punto de que aldeas enteras estaban gobernadas tan solo por uno de aquellos; era vivísimo en sus corazones el culto del hogar doméstico; familia, tribu, patria y religión eran sus ideas, concibiendo á medias las de nación y estado. Pero lo que no daba la constitución civil, lo producía la religiosa. Apenas tenían sacerdotes ni iglesias en sus rocas inaccesibles, y así era para estos montañeses una fiesta cuando un Papa llegaba á celebrar la misa en cualquier oratorio ó en las cavernas donde están depositadas las reliquias milagrosas. Sin embargo, el poder de la Iglesia había conservado mucha influencia sobre la plebe, así que el patriarca y su sínodo estaban en relaciones con seis exarcas, y éstos con los obispos y con los párrocos que dirigían á los ancianos encargados de la administración pública: gobierno patriarcal independiente del de los conquistadores, y que cada vez más los separaba de éstos la esperanza patriótica; se manifestaba también en himnos sagrados que cantaban el reinado de Cristo, la restauración de la Santa Sion y el triunfo de la Iglesia militante; porque mientras los turcos continuaban aferrados al fatalismo, los greco-eslavos confiaban en la Providencia, y aun esclavizados recordaban los tiempos antiguos, y se alimentaban de esperanzas.

Una nación que conserva tales sentimientos, puede dejarse oprimir, pero no puede ser corrompida; y para el que no está corrompido, llega siempre el día del Señor.

Los griegos hacían todos los negocios de los turcos, los cuales, siendo ignorantes, habían tenido desde el primer día de la conquista que valerse de ellos para la administración, y algunas familias griegas privilegiadas del barrio de Constantinopla; llamado *el Fanal*, dirigían la diplomacia y la hacienda [*fanalistas*]. Estas eran todas gente adheridas por propio interés á los dominadores, pero que podían también, favoreciendo á sus hermanos, descubrir los secretos del gobierno y enervar las fuerzas del imperio. Muchos de los isleños iban á Constantinopla á servir á los *fanalistas* ó se trasladaban a Esmirna, con objeto de procurarse alguna ocupación en las casas de comercio; otros recorrían el Mediterráneo como agentes de los turcos; pero todos ellos eran pobres é inculcos, no siendo visitados en su país natural, sino por algún corsario ó por misioneros católicos. Estos procuraban introducirse en todas partes, protegidos por los embajadores; establecían escuelas, á las cuales atraían alumnos; penetraban en los baños, consolaban á los moribundos y asistían á los apestados, á pesar de la oposición del sínodo griego. En Esmirna, y aun más en donde los griegos habían dominado en otro tiempo, enseñaban á los niños sin que nadie les estorbaba. Los padres iban de cuando en cuando á las cátedras á escuchar las lecciones juntamente con sus hijos; las pompas de la

Iglesia católica agradaban generalmente á las poblaciones, y se adornaban con flores y ramos las procesiones del Sacramento.

Conservábase siempre, sin embargo, el gérmen de la discordia entre los cismáticos y los católicos; y el patriarca de Constantinopla, favoreciendo á los suyos, desacreditaba á los papistas. En 1817 el metropolitano Gerásimo obtuvo singularmente un *hati-shef* del gran señor, el cual mandaba que los católicos frecuentasen la iglesia de los cismáticos en Alepo; lo que dió margen á tumultos, en cuya consecuencia algunos fueron muertos y muchos encarcelados. También los armenios, que ejercían libremente en Constantinopla su culto, se habían asociado en el siglo anterior con los cismáticos para celebrar sus ceremonias; pero fervorosos misioneros se opusieron á ello, lo que ocasionó turbulencias entre los cristianos, que llegaron á comprometer su sosiego y dieron materia de largos discursos en todas partes.

Europa compadecía á los griegos; pero la política no los miraba sino como instrumentos valientes por fines interesados de su indeleble amor á la patria y á la religión. Catalina II había aspirado á las alabanzas de los filosofistas por medio de la regeneración de la Grecia, que consideraba muy á propósito para sus ambiciosas miras sobre Constantinopla. En efecto, mandaba agentes á sublevar el país siempre que tenía necesidad de llamar la atención de la Turquía por aquella parte. Gregorio Papazoli de Lariza, que estaba al servicio de Rusia, logró en cierta ocasión amotinar las poblaciones de aquel territorio, pero la emperatriz las abandonó tan luego como no las necesitó. Ana de Inglaterra envió también comisionados con objeto de hablar á los griegos de religión, de patria y de redención, para que éstos se declarasen contra Turquía en la guerra que meditaba juntamente con Carlos VI, y que luego no tuvo resultado.

Después de las cosas que acabamos de referir, los griegos habrían debido desengañarse en cuanto á promesas extranjeras, si no fuese esta la última ilusión que abandonan las naciones oprimidas. Sin embargo, la primera chispa del incendio salió de donde menos se había esperado.

Los albaneses, población guerrera compuesta de millon y medio de jefes de familia, dan al imperio turco los mejores soldados, y la vida de horda que llevan impide que se civilicen, no obstante su proximidad á Italia. La raza noble entre ellos se llama *miriditi*, los más valientes salen de su seno, y el que quiere ser su capitán (*buluk-basci*) no debe hacer más que alistar una partida y andar con ella á servir ó robar, ya que los *miriditi* son buenos soldados y espertísimos ladrones. Los individuos de la plebe se llaman *shipetari* ó montañeses, los cuales conservaron con la energía salvaje de los antiguos griegos la creencia cristiana, hasta que muerto Scandenbergo, el sultán Bayaceto los obligó á ha

cerse musulmanes. Pero la mayor parte de ellos se refugió en las islas y montañas inaccesibles, al paso que otros muchos abrazaron los oficios de guarda-bosques, segadores, albañiles y sastres, y otros finalmente, se quedaron en casas aisladas y mezquitas, pero fortificadas. En lo general los albaneses son robustos y supersticiosos; los cristianos están divididos en católicos y cismáticos: los musulmanes en scitas y sumnitas, es decir, entre los que creen tan solo en el Koran, como los persas, ó en los que creen también las tradiciones como los otomanos. Rogerio de Sicilia y los cruzados, que conquistaron y conservaron por algún tiempo muchos principados en Morea, introdujeron en el país beyes y agás, y hasta hoy mismo se encuentran allí instituciones de la edad media, como la anarquía feudal con sus escursiones, el derecho de guerra entre particulares, las venganzas, la piratería, los tratados para repartir los terrenos, &c. La Puerta intentó reemplazar semejante estado de cosas con un orden regular de gobierno, proponiéndose exterminar á los jefes; pero los beyes, que espulsados de sus castillos se refugiaron en los montes, viviendo con independencia y dando asilo á cuantos se les unian, cuando no les era posible resistir se retiraban al Montenegro. Este que está colocado en frente de Italia y domina la Dalmacia, el Erzegovina y el norte de la Albania es además la madriguera impenetrable hace ya un siglo, de griego-esclavos rebeldes. Al desplomarse el imperio de Servia se habrían apoderado de él los turcos á no haber sido por la firmeza de sus príncipes, y con especialidad de los hijos de Esteban Cernojevic, que sacudieron el yugo. Ivan, uno de ellos, habiéndose refugiado entre los montes, dió con su ejemplo estímulo á la resistencia, y estableció por ley que el que abandonase su puesto fuese excluido de la compañía de los hombres y enviado á hilar con las mujeres. Jorge, su hijo, inclinándose á los consejos de su esposa Mocenigo, se trasladó á Venecia, en donde renunció su autoridad en el metropolitano de Zetigna [1516]: desde cuyo momento unido el poder espiritual al temporal, fueron los montenegrinos gobernados por el vladica, si bien los turcos lograron al fin vencerlos y someterlos á la capitación.

En el siglo XVII su número no pasaba de veinte á treinta mil; pero ahora llegan á ciento veinte mil; insurjentes donde quiera que se encuentren, sin ciudades, sin fortalezas, sin caminos, y unidos tan solo por familias bajo un jefe. Hasta las mujeres combaten á su lado, y es un insulto decirles: *los tuyos han muerto en su cama*.

Pedro el Grande escitó la indignación de un pueblo tan indómito contra la Puerta, pero ésta en 1712 le hizo la guerra, causándole grandes estragos. Sin embargo, aquella fué la señal de la separación, pues los montenegrinos no reconocieron por soberanos mas que á los rusos, y acudieron á las armas

siempre que vieron á la Turquía empeñada en guerra con cualquiera potencia cristiana. En 1796 mataron al bajá que les hostilizaba, y desde entonces comenzó su independencia. Cuando Napoleon hizo la paz con la Puerta, los montenegrinos, no cesando de molestar la guarnición que puso en sus fronteras, no quisieron aceptar los caminos que les ofreció abrir, recelosos de la civilización. La parte de Albania sujeta á la Puerta estaba subdividida en tres gobiernos; el de Delvin; el de Paramatia y el de Janina, cuyo último distrito comprendía el mayor número de griegos y de montañeses. En Albania el poder absoluto no se concentraba en las manos de un solo visir, pues que cada ciudad ó canton, formaba una especie de república subdividida en *fares* (1) con grandes feudatarios vasallos de la Puerta, los cuales con su perenne oposición impedían los abusos de las autoridades otomanas.

En este pequeño y belicoso país había crecido Alí, natural de Tebelen en Albania, el cual había comenzado su carrera robando, como los antiguos héroes, ganados y mieses, aumentando su partida de bandoleros y dando alas á su ambición, que lo tenía suspendido entre la horca y el imperio. En un país donde tan solo el valor facilita el camino de la fortuna, Alí puso el suyo á las órdenes de quien lo pidiera; consiguió la mano de Eumia, hija del bajá de Deloin, rebelado contra la Puerta; despues denunció á su suegro, que fué decapitado; y no pudiendo sucederle en el mando, como había esperado, pensó robustecerse en el lugar de su nacimiento, deshaciéndose de sus rivales. Fué entonces cuando asesinó á su cuñado, bajá de Argirocatro; pero no habiendo podido ni aun á éste reemplazar en el bajalato, el crimen lo hizo famoso y temido. Considerando entre tanto Alí la debilidad del imperio turco, la venalidad del divan, la impaciencia de los griegos por sacudir el yugo musulman, y confiando por otra parte en su propia energía, pensó en hacerse dueño de la Albania y tal vez también de toda Grecia.

Selim, bajá del Epiro, se había mostrado menos riguroso que de costumbre con los cristianos rebeldes, por lo cual la Puerta, sospechando que estuviere en inteligencia con los rusos y los venecianos, envió á Alí Tebelen para que le matase, y éste lo hizo ultrajando las leyes de la hospitalidad. En la época que vamos recorriendo, los emisarios del ruso Orlof, incitaban á los griegos á la insurrección, prometiéndoles el auxilio de Catalina y de José II; pero las pocas armas y los malos buques con que Rusia les protegía, no hicieron mas que empeorar la condición de los oprimidos helenos, los cuales, abandonados, fueron muertos á centenares. Algunos de los vencidos huyeron á las islas Jónicas, otros vieron remachadas sus cadenas; y finalmente, los que no pudieron so-

(1) Pequeñas tribus.

portarlas, se reunieron en partidas insurjentes en la Morea y en los sitios donde estuvo Esparta.

Enviado Alí contra éstos últimos (1780), arrojó por fuerza y por engaños las partidas cristianas de las Termópilas al valle de Tempe, y habiendo adquirido fama y tesoros, compró el bajalato de Janina, que ponía en sus manos el Epiro y los medios de vengarse de sus enemigos. El dinero, las intrigas, la violencia, eran recursos para él indiferentes; la peste le hizo heredar riquezas considerables; los deleites no lo apartaban de la ambición ni de los crímenes: halagaba á todos los partidos; se embriagaba á la salud de la bienaventurada Virgen; compraba votos en el divan; hablaba á los griegos de libertad, mientras que se hacia ejecutor de las sangui-narias sentencias de la Turquía contra toda cabeza que sobresaliese entre los griegos (1788), y comenzaba siempre con el saqueo, tanto sus venganzas personales (1), como

(1) A pesar de que un crecido número de autores han hablado muy detenidamente de Alí, bajá de Janina, merece un puesto preferente un libro francés titulado: "Memorias sobre la Grecia y la Albania durante el gobierno de Alí-Bajá, escritas por Ibrahim-Manzour-Effendi, comandante de ingenieros al servicio de aquel visir. "Obra que puede servir de complemento á la de Mr. de Poulqueville; Paris, 1827. Con este epígrafe de Voltaire: *Sous les pieds d'un visir,—tu languis enchainé entre le sabre et le cordeau*.

El autor, como nos dice él mismo con *prodigiosa modestia*, es un renegado francés, el cual por lo que espone en su obra, hablando de sí mismo, no creia en Cristo ni en Mahoma. Pero en cuanto á los hechos que refiere, es muy exacto, y su obra contiene noticias acerca de la vida publica y privada de Alí-Bajá muy curiosas y peregrinas. Nosotros consignaremos en esta nota por vía de curiosidad algunas anécdotas sobre el particular.

Alí-Bajá, hombre cruel y atroz, tenia un tigre ó mas bien un enorme leopardo, encerrado en una jaula de hierro rodeada de una reja, que dejaba visible aquel animal. La jaula estaba colocada en un pequeño carro de cuatro ruedas, situado en el patio del palacio principal de Alí, llamado *Castro*, y el que queria subir á la habitación del tirano, tenia que pasar con precision por el sitio en donde estaba la jaula. Aquel leopardo servia de suplicio á muchos de los condenados por Alí. La víspera de la ejecución se dejaba el animal en ayunas, y al dia siguiente se desnudaba la víctima y se la encerraba en la misma jaula. Despues los satélites del tirano agujoneaban al leopardo con bastones para enfurecerle, y se burlaban al mismo tiempo del desdichado á quien empezaba á despedazar.

En el mes de Enero de 1819, manifestándose aquel animal menos feroz que Alí y los ministros de sus atrocidades, no quiso acometer de ninguna manera á un desventurado que habian metido en la jaula. Los verdugos, encargados de la ejecución, hicieron todo lo que estaba de su parte

otras que había heredado. Confirmado en su cargo por el sultan Selim, arregló la ad-

para irritarle; pero el leopardo, lejos de ofender al paciente, no hacia mas que morder y romper los bastones con la misma ligereza que si fuesen una caña. Entonces aquellos malvados gritaron al hombre encerrado, diciéndole *abrazá á tu compañero, abrázale*, y lo picaron en la espalda y en el cuello con sus puñales para forzarle á atacar al leopardo. Aquel desdichado, completamente desnudo, encogido en un ángulo de la jaula estaba ocupado en rogar á Dios, y cuando se sentia picar volvía la cabeza, y dirigiendo su palabra á los verdugos, les suplicaba de no acrecentar el horror de su situación y dejarlo rogar tranquilamente. Pero habiendo conocido por fin, que aquellos desapiadados se mostraban cada vez mas atroces, exclamó: "¿Queréis, pues, que lo abrace? lo haré." Dios y su profeta Mahoma son mis testigos, y mi sangre recaerá sobre vuestras cabezas." Entonces se arrojó sobre el leopardo, que estaba pacíficamente tendido delante de él, y que mordía los bastones que le atormentaban. Pero cuando el animal se sintió de pronto estrechado, dió un bufido, y arañó tan solo como un gato al paciente en la cabeza. Su sangre brotó por tres puntos distintos, y aquel hombre se cayó boca arriba; pero el leopardo no le acometió mas, y empezando á dar vueltas por la jaula como un animal doméstico, pasaba por encima del paciente, pero sin clavarle las uñas. Se refirió á Alí-Bajá lo que acababa de suceder, y él entonces ordenó que se enganchasen dos caballos al carro, y se condujera á los dos en la jaula por las calles principales de la ciudad. Pero todas estas tentativas fueron inútiles, y finalmente, habiendo regresado el carro á su puesto, el tirano mandó á significar al paciente que le perdonaba la vida.

Aquel desgraciado, lleno de alegría solicitó de sus tiranos que se le abriese la jaula, y en efecto salió de ella sin ser acometido por el leopardo, y dando gracias al Todopoderoso, que le había protegido en tan duro trance; pero su regocijo fué muy corto, porque los satélites de Alí le anunciaron que se les había ordenado cortarle la cabeza, y así lo ejecutaron. Alí-Bajá enconado contra el leopardo, lo juzgó indigno ministro de su furor, y con este motivo lo relegó á una de sus quintas, llamada *Banila*, que dista una legua de Janina: (aquí dice nuestro autor "he sido testigo ocular de este horroroso suceso," y pasa á narrar otro no menos terrible.)

Vivia una mujer en Janina, llamada Frosina, la cual se había casado con uno de los negociantes mas opulentos de la ciudad, y era muy celebrada, tanto por su hermosura como por sus atractivos: fué esto lo que causó su perdición. Tenia ya dos niños, cuando Moukhtar-Bajá, hijo primogénito de Alí, se enamoró de esta desventurada, y la envió una órden espresa para que fuese á su palacio. Entonces Frosina reunió, llena de consternación, su familia con objeto de tomar una determinación. Todos sus parientes dijeron acordados, que se debía inclinar la frente á las órdenes del bajá, y el arzobispo griego, tío de la víctima, apoyó la opinion comun, demostrando